9098

Prosodia y
Ortografia

Ruiz

9

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

PROSODIA Y ORTOGRAFIA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

D. BONIFACIO PÉREZ-RIOJA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2—2.°

1889

PROSODIA Y ORTOGRAFÍA

OBRAS DE D. BONIFACIO PEREZ-RIOJA

El prisionero cristiano, drama original, en verso.
Un bello ideal, comedia, arreglada, en prosa.
El busto de Sócrates, juguete, arreglado, en íd.
Un falso ideal, comedia, original, en verso.
Los apuros de Colás, juguete, arreglado, en prosa.
El Barón de Roncafuerte, zarzuela, arreglada, en íd.
¡¡Llegó la hora!! Drama original, en verso.
Un Tenorio de broma, juguete, original, en íd.
Prosodia y Ortografía, íd., íd., en prosa.
El estilo de los muertos, drama, íd., en íd.
Enredos de Carnaval, zarzuela, íd, en verso.
Teatro de la Comedia, humorada, íd., en íd.
Triunfo de copas, juguete, íd., en prosa.
El cercado ageno, comedia, íd., en verso.
La viña moderna, humorada, íd., en íd.
La chispa eléctrica, zarzuela, íd., en dos actos.

Almanaque Telegráfico, *adornado con grabados, caricaturas y portada iluminada al cromo.* Una peseta cada ejemplar.

Geografía, *bajo un mètodo enteramente nuevo y en forma de cuadros.* Comprende las nociones de geografía astronómica, física y política; indispensables para apreciar el estado actual de la Tierra, noticias estadísticas interesantes de todas la naciones, su progreso moral y material, industria, comercio, caminos de hierro, líneas telegráficas y cables submarinos.

Un tomo de 272 páginas, buena impresión y excelente papel, 2,50 pesetas ejemplar, en rústica.

Prosodia del idioma francés, *indispensable á todos los españoles que se dedican al estudio de este idioma.* Precio, 50 céntimos de peseta ejemplar.

El día de un gran pueblo, leyenda histórica, premiada en el Certamen Literario y Juegos florales de Valladolid, 50 céntimos de peseta.

De venta en las principales librerías ó dirigiéndose al autor, Gabinete Central de Telégrafos.—Madrid.

PROSODIA Y ORTOGRAFÍA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

DON BONIFACIO PÉREZ-RIOJA.

Representado con extraordinario aplauso en el TEATRO DE LA INFANTIL (Carretas, 14, Madrid), el sábado 24 de Agosto de 1889.

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL.

1889

PERSONAS	ACTORES
GLORIA	Srta. D.ª Amalia Deloso.
CAROLINA	Pilar Ezquerra.
DON ANSELMO	Sr. D. Manuel Rodriguez.
FÉLIX	José Nortes.
UN CRIADO	Antonio González.

La escena es en Madrid y contemporánea.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Gabinete lujoso. Puerta en el foro y laterales. Á la derecha, en segundo término, una ventana guarnecida de flores y plantas enredaderas. A la izquierda, en segundo término, una pequeña librería. Muebles diferentes y entre ellos un velador sobre el cual hay un ramillete de flores. Algunos cuadros colgados en la pared.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA, en la ventana, haciendo señas.

¡Piensas en mi hermana Gloria! ¡Ah, pícaro!... Sí, ya está vestida. Puedes venir cuando quieras. Pero ten cuidado de acicalarte bien. Ya sabes que se fija mucho y si te vienes tan de prisa que olvidas el ponerte la corbata, como el otro día, es capáz de deshacer la boda. ¡Ojalá! (Pausa.) Sí, ya veo que eres... muy elegante. Adiós. (Bajando de tono.) ¡Ay, si pudiera olvidarte! (Baja á la escena.) ¡Pobre joven! Tan bueno, tan simpático y tan enamorado, al parecer, de mi hermana, que le hará desgraciado. Porque si ella le quiere,

673197

es por no despreciar tan buen partido. ¡Ya se ve, es abogado de fama! ¡Y el muy pillo que empezó por declararme su amor y luégo se fué á la Gloria!—Como yo le contesté indecisa... Bien he lamentado después no haberle animado. Pero señor, ¿no es Félix hombre de talento? ¿Cómo no comprendió por mi carta que al dudar de su amor deseaba probarlo? ¡Acaso es muy vengativo y pretendió darme celos al dirigirse á mi hermana. Pero sí; ¡ya voy yo á demostrarle un ápice de cariño! Que se casen, que se casen, ya lo sentirán después. De seguro. En medio de todo, casi me considero feliz en tenerle por hermano. ¡Es tan bueno!

ESCENA II

CAROLINA y GLORIA

GLORIA. ¡Adiós, Carola! Tengo el gusto de participarte que soy muy felíz. Estoy muy contenta.

CAROL. ¡Yo lo creo! ¡En víspera de boda!

GLORIA. No tan víspera. Y verdaderamente que no pensaba en eso.

CAROL. ¿Pues cómo? ¿Qué te alegra?

GLORIA. Mi amor. Mi antiguo amor. Mi idolatrado Enrique. Has de saber que un pariente suyo ha venido á verme. Me ha hablado de su reputación como doctor. De las brillantes curas que está haciendo en su provincia. Desea renovar nuestros antiguos amores y espero carta suya muy en breve, que será, de seguro, consultándome para pedir mi mano á papá. Figúrate si estaré satisfecha.

CAROL. Lo que me parece es que estás tocada de la cabeza. ¿Y Félix, tu futuro, que te quiere con delirio, que es un gran partido, y hoy mismo debe firmar el acta de casamiento? ¿Vas á darle ese plato de gusto?

GLORIA. ¡Bah! No temo nada. Ese es un amor... interino. Y

aunque en España es lo que más dura, yo puedo asegurarte que le haré presentar su dimisión.

CAROL. ¿Pero, de veras, no le quieres?

GLORIA. Mientras Enrique no se acordaba de mí, no hay duda que le quería... un poco. Al tenerle delante, me parece que veo á Enrique. Es su mismo retrato, y hasta se le parece moralmente. Sí; yo quería á Félix por reflejo. Es la copia más exacta de mi bello ideal. Pero, ¿quién no abandona la copia cuando puede poseerse el original? Además, es preciso tener siempre un amante de repuesto. Ya sabes tú que todas lo hacemos, y no me probarás que estás libre de ello.

CAROL. Pero yo jamás llegaré á avanzar al extremo en que te han colocado tus amores con Félix.

GLORIA. Eso es falta de práctica. Ya te acostumbrarás, si no quieres quedarte sin ninguno.

CAROL. Pues tú vas á dar la gran campanada.

GLORIA. Así me haré más célebre. Ten por seguro que la fama es lo que priva. Y la fama la da el anuncio.

CAROL. Teme á los azares del coquetismo y al escándalo que has de producir en la familia.

GLORIA. Nada temo, porque si papá se enfurece... me emancipo. Ya pasaron los tiempos de la tiranía. ¡La mujer ha de ser libre! Además, ¿qué puede importarle á papá que mi marido se llame Félix ó Enrique, cuando la cuestión es *colocar* á su hija?

CAROL. Vamos, ya veo que eres incorregible. La segunda edición de *La Traviata.*

GLORIA. Sí; pero corregida.

CAROL. Ó aumentada.

GLORIA. En medio de todo, ya sabes que papá elogia mi carácter decidido. Adora hasta mis defectos, y acaba siempre por dejarme hacer mi gusto.

CAROL. Sí, porque toleras sus faltas de prosodia; porque no le corriges como hago yo cuando suelta algún barbarismo, lo cual fué la pesadilla de nuestra buena madre.

GLORIA. ¿Y tú qué adelantas con eso? ¿Qué extraño es que co-

meta ciertos defectos al pronunciar algunas palabras, el hombre negociante que ha vivido siempre en su pueblo de la Rioja, traficando con el jabón y las velas de esperma? Más talento se necesita para hacerse rico que para brillar en el mundo. ¿Por qué no ser más tolerante con el que ha sabido organizar dos fábricas y poseer algunas tierras? ¿No ves cómo le respetan y le hacen sitio en todas partes?

CAROL. Si, por su dinero. Si fuera pobre no tendría más que la consideración de sus hijas; pero yo he de procurar que se instruya, hoy que se halla más apartado de los negocios, gracias á mi cariño.

GLORIA. Conseguirás serle odiosa si te empeñas en hacerle un estudiante. Á él le basta con habernos dado una excelente educación.

CAROL. Que tú no has amado mucho. Díganlo sinó tus modelos de ortografía.

GLORIA. ¡Bah! El estudio de la Gramática no produce más que... maestros de escuela, y ya ves que en España andan muy lucidos.

ESCENA III

DICHAS y FÉLIX por el foro.

FELIX. Salud, mis queridas amigas. No diréis que acudo hoy tarde á la cita.

GLORIA. Bien venido, mi pequeño Adónis. Á fé mía que no has empleado mucho tiempo en el tocador, y eso que estás bien elegante.

FELIX. Y tú hecha una verdadera Gloria. Pero yo no hablo de broma.

CAROL. Ahora, Gloria, tampoco. (Se va á la ventana.)

GLORIA. Sin embargo, hay que darte un pase. Mira, no me gusta ese peinado. Es preciso que te hagas focos. (Desarreglándole el pelo completamente.) Hoy no has querido olvidarte de la corbata, pues traes un lazo de á

folio. (Le deshace el lazo dejándole con nudo la chalina.) Así está más de moda. Y mira, es de mal gusto el color de tus guantes. (Félix se los quita.) El chaleco más estirado. (Lo hace.) Y abrochada la levita para que tengas el aire de... (Enrique) de... novio.

FELIX. Bien me mareas, tiranuela. Pero qué remedio, si estás cada vez más hechicera. (Intenta darle un beso en la frente y Gloria pone delante la mano, recibiéndolo en ella.)

GLORIA. ¡Alto! Que eso ya es efectivo, y yo estoy por las cosas de broma.

FELIX. Pues á veces las usas muy serias.

GLORIA. ¡Hombre! ¡Qué gracioso! Guarda esos primores para tus ligeras conquistas.

FELIX. Todas las dejo por marchar á la Gloria.

GLORIA. ¿Quieres ser inmortal como los dioses? ¡Já, já, já! (Ríe extrepitosamente.)

CAROL. ¿Pero hija, qué te pasa? Vas á alborotar el barrio.

GLORIA. ¡Es que Félix tiene unas cosas!

FELIX. Sí; pero tú tienes otras...

CAROL. Vaya, pues concluído y pelillos al mar.

FELIX. ¡Qué buena eres, Carolina!

GLORIA. Pues concluído, y en prueba de ello, toma este abrazo para Félix. (La abraza.)

CAROL. ¡Un abrazo! (Á Félix.) ¿Y tú qué dices?

FELIX. ¿Yo?... No sé si debo...

GLORIA. ¿Lo ves? Parece un doctrino. No quiere ni que le des un abrazo. Si es lo más inocentón...

FELIX. (¡Será ladina!)

CAROL. (¡Pobre Félix!)

ESCENA IV

DICHOS; D. ANSELMO entra por el foro muy agitado y descompuesto.

ANS. ¡Ay, Dios! ¡Qué estrupicio! ¡Vengo derringao!

CAROL. ¿Qué te sucede, padre mío? (Le acerca una silla. Gloria le toma el sombrero y presta sus cuidados.)

ANS. ¡Y too por vusotros, hijos míos! Si tardo un poco más me traen defunto.

FELIX. (¡Vaya un suegro pistonudo!)

GLORIA. ¿Cielos, qué pasa?

CAROL. ¿Vienes enfermo?

FELIX. ¿Qué ocurre, D. Anselmo?

ANS. Dejaime respirar. Que yo meteré la pata. ¿No sabís que acaba de cometerse un asesino?

FELIX. (Ya la metió.)

CAROL. ¡Pobre papá! Pues no te molestes, que ya nos lo contarás cuando estés más tranquilo.

ANS. No, si ya estoy aquí, y aparte de un dolor en el estógamo derecho y d'esta muñeca que m'han perniquebrao, m'encuentro prefetamente.

CAROL. Voy por el árnica. ¡Ay, Dios mío!

ANS. No nesecito medecinas. Ya sabís que tengo carnes de jabalín y pronto me curo; pus bien: como os iba iciendo, salí á buscar al juez munecipal pa dejar arreglao eso. He hablao tamién á los tistigos que vendrán desiguida y he comprao una tarta de ulce que paice una torre menumental. Evacuás mis deligencias, me golvía á casa corriendo de saitisfaición, cuando al pasar por una callejuela topo con un cadávre que me quita el paso y doy un salto pa pasar; pero siento en el auto que me agarran por una pata y caigo de bluces. El cadávre se levanta, y yo... yo tamién. Atortolao, me colé en un almacén d'espejos y me estrellé contra un almario después de romper no sé cuantos chirimbolos. En toos los espejos de la tienda vía yo aquel demonio negro, hasta que el dueño tan amedrentao como yo, le disparó un tiro de regolver y cayó muerto de veras pa toa su vida. Estonces respiré y pude salir de allí después de pagar los detrimentos, aunque temblando porque no me achacaran el asesino; pero he sabío que el defunto no era

presona humana sino un horrible otangurán que se había escapao de una jaula de esos saltimbanquis que trabajan en el trepacio.

GLORIA. ¡Gracias á Dios que has llegado vivo y sano!

FELIX. (¡Y que ha terminado su relación!)

CAROL. ¡Pobre papá! ¿Quieres tomar una taza de tila para aplacar el susto?

ANS. No. Ya está aplazao. Yo no sufro eso de los niervos y respetivamente estoy muy rebusto.

CAROL. (Bajo.) ¡Por Dios papá, cállate que estás diciendo de las tuyas!

ANS. ¡Bah! Déjame en paz. ¿No estamos en familia? Pus aquí, he de hablar con toa libertá y extender la pata á mi gusto. ¿Verdá Féliz?

FELIX. Y tan verdad. Á mi me gusta verle á usted muy campechano.

ANS. Además que en toavía no empezao hablar de l'asunto.

CAROL. (Pues si empieza...)

GLORIA. Vamos, ¿qué es ello?

ANS. ¿Quiá de ser? Vuestra boa. Too está arreglao ya.

FELIX. ¿De veras? Me alegro.

GLORIA. (Eso es lo más grave.)

ANS. Y no sabís cuánto he trabajao pa reglar to los decumentos. En fin, pronto vendrán los tistigos, y podremos ir á firmar el auta con ellos. ¿Qué te paice mi Gloria? ¿Estás contenta?

GLORIA. Yo... sí. Pero... pero...

ANS. ¿Qué pero, ni qué camueso?

GLORIA. Ahí está Félix. Que diga sí...

FELIX. Yo nada digo más que está bien hecho.

ANS. Pus al avío. ¡Oh! ¡Ya veráis qué comía vamos á tener! Los convidáos serán lo menos vinticuatro, y no cuento los tistigos. Tú, Carola, debes cuidar de que nos pongan flores en la mesa. ¿Se lo has dicho al jardinero? (Félix y Gloria hablan aparte.)

CAROL. Sí, papá, pierde cuidado que no faltará eso.

ANS. Sí, ya sé que te gustan las dáleas, los alelises, las

pionías, y en fin, toítas las flores. Á mí tamién me gusta olerlas entre el humillo del cocido. ¿Y aquél famoso pollo?

CAROL. Ya me parece que está asado. (Gloria y Félix riñen aparte, por lo bajo.)

ANS. Mu bien; pero mejor sabrá con el caldo riojano de mis cepas, que calienta, refresca y alegra. ¿Eh? ¡Los enamoraos! ¡Cómo pelan la pava! ¡Eso es amor verdaero! Mu bien, mu bien, hijos míos. Así me gusta, que aprovechís el tiempo.

GLORIA. Nada hablamos de particular.

FELIX. Gloria me decía...

ANS. Si no soy curioso. (Suena una campanilla.) Pero han llamao. Estoy siguro de qu'es un aviso del juzgao. Ó los tistigos. En fin, ya es hora de salir á recibirlos. Acompáñame, Féliz.

CRIADO. (Desde el foro.) Los amigos del señor esperan en la antesala. (Se retira.)

ANS. ¿Lo vis hijos? Y yo que nunca m'ago esperar... Vamos, Gloria, á firmar el auta.

GLORIA. (Á D. Anselmo bajo.) Tengo que decirte una palabra.

ANS. ¿Á mí? Pus no estamos ahora pa eso.

GLORIA. Es que es un secreto.

ANS. ¡Demonches! ¿Y qué m'importa? Ya me lo dirás luégo que hayamos echao el garabato.

GLORIA. No, antes.

ANS. ¡Vaya un capiricho! En fin, puesto que t'empeñas... Vis vusotros delante, que ésta va á hicirme una palabreja. En siguida vamos.

GLORIA. (¡Ay, Dios! ¡Me va á maldecir!)

CAROL. (Á Félix.) Vamos, pues, señor casado.

FELIX. No lo soy todavía.

CAROL. Pero estás en capilla. ¡Y bien aturdido! (Riendo.) ¡Ni siquiera me ofreces el brazo! (Se coge alegremente á Félix sin cesar ésto de mirar á Gloria hasta que salen. D. Anselmo va con ellos hasta el foro.)

ESCENA V

GLORIA y D. ANSELMO

GLORIA. (¡Casarme yo con Félix! No puede ser mientras me quiera Enrique. Hasta ahora todo me parecía fácil, pero la cosa se presenta grave y es preciso tener valor para salir triunfante.)

ANS. Vamos á ver. ¿Qué rezas tú ahí y qué quieres decirme con tanto menisterio? Habla, pues, que soy todo orejas.

GLORIA. Es que te vas á incomodar...

ANS. No me fastidies. ¿Incomoarme yo en este día que voy á echar la casa por la ventana? Vamos, espáchate, que nos aguardan.

GLORIA. Es que no me atrevo.

ANS. ¡Canastos, hija, me pones en cuidao! ¿Conqueres tú la más valiente de la casa y aura no te atreves? ¿Á qué? ¿Quedrás algún capiricho de valor?... Pus pílo. Que nial mismo emperaor de la Meca tenemos que envidiar sus riquezas... ¿Es algún secreto de familia?

GLORIA. No.

ANS. Acaba, pues, de un vez.

GLORIA. Pues bien, ese casamiento que tú crees ha de hacer mi felicidad...

ANS. Toma, estoy siguro.

GLORIA. Ese casamiento...

ANS. ¿Bien, ni qué?

GLORIA. Por más que te parezca conveniente, no ha de hacerme felíz.

ANS. ¡Canastos! ¿Qué me ices?

GLORIA. La verdad, padre mío.

ANS. Vamos, no lo creo. Tú te chanceas, ó estás tocada de la mollera pa venirme aura con eso.

GLORIA. Digo la verdad, papá y te suplico que me perdones.

ANS ¡Zapateta! ¿Conque esas tenemos? ¿Y te paice bien

que yo me guelva atrás y falte á mi palabra? ¿Qué pongamos en cuidiao á too el mundo? Vamos, explicate. ¿Á qué viene eso?

GLORIA. Pues... Que no me encuentro verdaderamente enamorada de Félix. Que yo creía amarle y me voy convenciendo de lo contrario. Que... No sé lo que me pasa.

ANS. Eso, ya varea, pero... no lo entiendo. Me quedrás negar lo que estamos viendo? Vamos, tú te engañas á tí misma. ¿Piensas qu' él ha dejao de quererte ó tiene algún trapicheo?

GLORIA. No, no creo eso.

ANS. Estonces, ¿tienes miedo de que no sepa bailarte al agua ó falte á los deberes del matrimonio? (Gloria no le escucha y permanece distraída.) ¡Y no contesta! Vamos, será otra cosa. ¿Te paice muy joven, ó muy viejo? Vintiseis años. Es la edad en que los maríos son más rebustos y más bonachones. ¡Y se calla! Estonces no lo entiendo. ¿No te peta su posición? Ya caí. ¡Pero qu'error! ¡Abogao! ¡Es lo que más deslustraría la familia! Y no rechista. ¡Estoy gufando! ¿Pero mujer, es posible que tú no quieras á Féliz, el primer joven d'estos días?

GLORIA. ¡Ay! papá, perdóname. ¡No te había oído!

ANS. ¡Voto al chápiro! Ya comprendo. ¡Esa distraición, ese pajarismo!...

GLORIA. Yo siento causarte este disgusto.

ANS. Con que es dicir que el matrimonio se lo lleva la trampa. ¡Bien! ¡Manífico! ¡Conque se echará á perder la comía! ¡Prefetamente! ¡Habrá que mandar con cajas destemplás á los tistigos y ecir á toos que mi hija está loca! ¡Chiflá! ¡Y soltera, que es pior! ¡Esto es solene! ¡Solene!

GLORIA. Cálmate, papaito.

ANS. ¡Canastos, que me encalme! Sí, pus estoy metío en buen bergenedal. ¡En qué voy á ocupar los tistigos? ¿Quién me saca del atollaero? ¡El demonio cargue con las hijas y con los que las paren, digo, con los que las

tienen! (Entra Félix.) Aquí te quiero escopeta. Ya pacció aquello.

ESCENA VI

DICHOS y FÉLIX

FELIX. Todo está dispuesto y los testigos esperando para marchar al acto.

ANS. (Á la trigedia.) Sí, ya... ya lo sé.

FELIX. Vamos, pues, querido suegro.

ANS. (¡Querío suegro! ¡Probe muchacho!)

FELIX. Pero, qué aire tan extraño, qué turbación. ¿Si será mi presencia la que les vuelve mudos? ¿Pero qué pasa aquí? Díme, querida Gloria, ¿por qué apartas de mí tus hechiceros ojos?

GLORIA. Es que estoy disgustada.

FELIX. ¡Disgustada! Y en este día; ¿por qué?

GLORIA. No lo sé. Tengo *splen*, jaqueca, tédio, ¡qué sé yo!

FELIX. Pues si tú no lo sabes, pregúntamelo. ¿Y todo eso te ocurre el día de nuestro matrimonio?

GLORIA. Ya ves; yo bien quisiera evitarlo, pero...

FELIX. ¿El qué? ¿Nuestra boda?

GLORIA. No sé. Mi mal humor. En fin, cada uno tiene sus penas, y lo que es hoy no me encuentro bien para nada.

FELIX. Vamos, consuélate y háblame sin reparo. ¿Es qué pretendes burlarte de mi cariño? ¿Romper el casamiento?

GLORIA. Que tenáz estás... Déjame en paz, te lo ruego.

FELIX. ¡Ah! ¡Ingrata, perjura!

GLORIA. Qué fastidio. Tienes un genio... atróz. ¡Desdichada de mí! (Llanto fingido.) Me marcho. Ahí tienes á mi padre, entiéndete con él. ¡Ay Dios mío! (Vase por la derecha. D. Anselmo, que ha estado ímpaciente, paseando y hablando consigo durante esta escena, quédase ahora pensativo.)

ESCENA VII

D. ANSELMO y FÉLIX

FELIX. ¿Pero qué es esto? ¿Habrá en el mundo otra mujer como esa? Diga usted, don Anselmo, ¿qué le pasa á Gloria?

ANS. ¿A Gloria? ¡Ah, sí, sí! Toma, que está tocáa. (Señalando á la cabeza.) ¿No te lo ha icho?

FELIX. ¿Será verdad que no me quiere? ¿Que se niega á este enlace?... ¿Y usted, qué dice? ¿Dará lugar á un escándalo?

ANS. Yo, yo, ni quito ni pongo ray. Y si la probe está loca...

FELIX. Pero, ¿y los motivos? ¿Será un capricho suyo este lío y cambiará luégo de opinión? ¿Qué le sucede?

ANS. Hombre, yo no sé, porque estoy abroncao. Las mujeres son como los higos chumbos, que unas veces están verdes y otras mauros, fríos en el verano y calientes en el ivierno. En fin, no m'apures, porque voy á reventar. Y con esto no canso más, vaya, adiós. (Se va por la izquierda.)

ESCENA VIII

FÉLIX

¡Pues señor, estoy lucido! Bien empleado me está, por haber hecho caso á una coqueta. ¿Pero estaré verdaderamente enamorado de esa locuela? Cuando medito en esto, seriamente, me parece que no, pues desde que conozco á Carolina, su bondad me cautivó y si la comparo con Gloria siento que se inclina mi alma á su amor. Recuerdo la vehemencia conque la declaré mi pasión. ¡Pero qué desengaño! La contestación de Carolina me hizo comprender que es tan

orgullosa como ignorante, y no tolero yo estos defectos. Transigía con la prosodia de don Anselmo, que es capáz de derribar una estátua, prometiéndome perderle de vista... ¿pero cómo había yo de soportar esta ortografía? (Saca una carta.) Verán ustedes. Le da cinco y raya á don Anselmo. (Lee lo que va de cursiva.) «*Cabayero. Erre zivido...* Con z y v. Esto es muy liberal: *buestra...* con b: *hamavle Carta.* . con h, v y C mayúscula, al pelo: *i mean allejrado mucho Sus...* con S mayúscula: *carrinosas ligneas*; *pero no devo crer en eyas porque todos los chombres son mui piyos ino tienen coracon ha de mas...* Este además con h y en tres palabras. ¡Es divino! *io estoi comporometida...* ¡Pobre goven! *ime cazaré conotro chombre por todo lo qual.* . con q. Esto es de cajón: *doi a ustez un miyon de grazias* pero con z. No hay de qué: *i quedo sulla afetisma amija... Carrolina.*» Pues señor, parece mentira que una joven tan linda esté reñida de este modo con la ortografía. ¡Es horrible! Sobre todo para mí, que me pongo nervioso cuando veo esas letras que me parecen de relieve. Un año hace de esto, y todavía no he podido digerir la cartita. Si yo hubiera tenido ocasión de hablar á Carolina, no hubiese cometido la torpeza de escribirle una carta, ni el pesar de haber recibido este escopetazo. Mas si llego á casarme con ella, hubiera sido capáz de divorciarme al conocer su ortografía. ¡Maldito defecto! Por lo demás, vale un mundo la tal Carrolina. Sí. ¡Cuántas veces me ha parecido mejor que Gloria! Y la hubiese conquistado, porque eso del otro *chombre*, era una farsa, sólo por poner á prueba mi cariño. Ahora siento no haberme fijado más en ella. (Entra Carolina.) Aquí está. Veamos.

ESCENA IX

FÉLIX y CAROLINA

CAROL. Pero Félix, ¿qué te pasa? ¿Y mi papá y mi hermana? ¿Os habéis propuesto que me estén haciendo la corte los testigos?

FELIX. ¡Pobre Carolina! ¿Conque estás de plantón por causa nuestra? (¡Y es tan linda! ¡Vamos. si parece mentira!) Pues que esperen sentados, que aún es preciso vencer algunas dificultades...

CAROL. ¿Pero qué es ello?

FELIX. No lo sé. Sólo Gloria ó tu padre lo podrán decir.

CAROL. Pues corro á verlos. (Falsa salida.)

FELIX. ¡Ah! no; yo te suplico que no me abandones en este momento. Estoy preocupado, muy preocupado, y tu presencia me es sumamente grata.

CAROL. Bien. Me quedo. (¡Pobre Félix! De seguro que Gloria le ha dado ya el gran disgusto.)

FELIX. (Analicemos su corazón.) ¿Sabes, Caróla, que no había reparado en el mérito de estos cuadros? Este es de Rubens, si no me engaño.

CAROL. Dispensa, es de Van-Ostade, pintor holandés. Yo lo he adquirido.

FELIX. Ostade y Rubens. Pedro ó Pablo, ¿qué importa el autor si es bonita la obra?

CAROL. ¿No eres aficionado á las artes?

FELIX. A los artistas sí, son buena gente, alegres y joviales siempre, no conocen las penas y pasan la vida en una contínua locura.

CAROL. Me parece que los juzgas con ligereza.

FELIX. No. Los trato mucho. Es mi flaco.

CAROL. Admiremos á esos heroes que el genio enaltece; quién sabe si Dios habrá puesto en su alma algún rayo de su inspiración.

FELIX. (¡Hola, hola!) ¡Oh! no, eso no. (Toma de la librería un

libro y lo examina por fuera.) Vaya un libro elegante y bien encuadernado.

CAROL. Debes abrirlo.

FELIX. (Lo hace.) En la portada dice: «La Cristiada.» ¿Es alguna novela?

CAROL. Es un poema divino.

FELIX. No lo he leído nunca.

CAROL. ¿Cómo? ¿No eres aficionado á leer?

FELIX. Fuera de mis tratados de derecho que me han desvelado muchas veces, no acostumbro á hojear los libros. ¿Te extraña esto?

CAROL. Sí. Parece increíble y me da pena.

FELIX. ¡Qué buena eres, Carolina!

CAROL. ¿Será posible que no hayas probado el encanto que presta al corazón un buen libro, lleno de poesía y sentimiento, obra de la paciencia y las vigilias de un hombre de talento? ¿No te ha hecho jamás ese libro derramar una lágrima ó asomar acaso á tus labios alguna sonrisa? ¿Cómo? ¿En tus horas de desesperación y de fastidio, no has buscado impaciente uno de aquellos poemas en cuyas páginas ha derramado el poeta los más bellos conceptos de su alma?

FELIX. ¡Oh! Carola, ¡qué bien dices, eso es muy bello! La vida material, la pobre vida que arrastramos en este mísero planeta, ¿qué sería para nosotros si no estuviese amenizada por la dulce expresión del sentimiento? Tú tienes alma de poeta y corazón de artista, como yo, por más que haya tratado de ocultártelo, para conocer lo que vales. Mas con esa delicadeza de sentimientos, con ese buen gusto en las artes y tu amor á la poesía, ¿cómo has podido abandonarte tanto en el estudio de la gramática, hasta ser capáz de escribir estos garabatos? (Le entrega la carta que leyó en la escena octava.)

CAROL. (Después de leerla.) ¡Já, já, já! Ese es uno de los modelos de Gloria. ¿No conoces su letra? (Le devuelve la carta.)

FELIX. Jamás ha querido enseñármela.

CAROL. Pues es suya, toda suya, y puedo probártelo, si quieres conocer sus escritos. (Falsa salida.)

FELIX. ¡Oh! No, por Dios, basta la muestra, que me ha hecho tan desgraciado. ¿Y cómo fué contestación á mi apasionada carta?

CAROL. Mi respuesta fué bien distinta; más la influencia que Gloria ejerce en esta casa cambiaría mi carta por esa, sobornando al criado que la recibió de mis manos.

FELIX. ¡Fatalidad! ¡Hasta dónde llega la perversión de Gloria y la ceguedad en que yo he vivido dominado por ella.

CAROL. ¡Bah! No recuerdes eso. Procura corregirla y aú puedes ser felíz á su lado.

FELIX. Jamás, jamás, mi querida Carola. Te juro á fé de caballero, que estoy bien curado de esa pasión. Díme tú si algún día conseguiré inspirarte amor.

CAROL. ¡Oh! Pues bien... Yo te he querido en silencio.

FELIX. ¡Gracias, Carola, gracias!

ESCENA X

DICHOS y GLORIA, por la derecha.

GLORIA. ¿Qué es eso, mi buen esposo? Apuesto á que estabas pidiendo á Carolina el abrazo que le dí para tí y antes no querías recibir.

FELIX. Cómo te equivocas. Lo que es de tí, nó quiero ni tu nombre.

GLORIA. ¡Hola, hola! ¡Qué pronto has variado! ¿Y se puede saber, señor libertino, á qué se debe el cambio?

CAROL Á tí misma, Gloria.

FELIX. Y á su ortografía. ¿Conoces esta muestra? (Enseñándole su carta.)

GLORIA. (¡Cielos! ¡Mi respuesta!)

FELIX. ¡Es acción digna de tí sobornar á un criado para arrebatarle una carta de tu hermana! Mereces que te paguen en la misma moneda.

GLORIA. (¡Qué vergüenza! ¿Pero cómo ha sabido?...) Entrégame esa carta.

FELIX. No; que ha de ser el arma de dos filos para tenerte á raya, así como ha sido el medio más seguro para abrirme los ojos y conocer tu alma. Despídete de mi cariño.

GLORIA. ¿Ya no me quieres?

FELIX. Sí. Como... hermano. Mira ahí á mi esposa y á tu maestro de ortografía, que te aconsejo respetes.

GLORIA. ¡Ah! (¡Bien me lo temía!)

CAROL. (¡Pobre Gloria!) Dispón de mí, querida hermana. Ya sabes cuánto te quiero.

GLORIA. Sí, sí, gracias, gracias. No necesito de tu cariño. Y el tuyo... (Á Félix.) Sepa usted, señor embustero, que no me da frío ni calor. Tengo antes que tú un amante verdadero.

FELIX. ¡Eres capáz de todo!

GLORIA. Menos de quererte. Amáos, amáos mucho, que pronto habéis de envidiar mi felicidad. (Sale por la izquierda.)

ESCENA XI

FÉLIX y CAROLINA

FELIX. (Se dirige al velador y coge el ramo de flores.) Recuerdos enojosos, de mi obsesión y de una infame. Afuera, afuera. (Lo tira.)

CAROL. ¡Pobres flores! (Lo coge y coloca en los jarrones de su ventana.) ¿Qué culpa tienen ellas? ¿Y por qué has de ser vengativo? Yo las conservaré para darte una prueba de humanidad, al lado de estas otras...

FELIX. Que están marchitas.

CAROL. Sí. Pero tú me las diste. ¿No lo recuerdas?

FELIX. ¡Oh! sí, querida mía. Fué el día de tu cumpleaños. ¡Cuánto mereces que te adore! Consérvalas, cielo mio, que el sol de nuestra felicidad habrá de embellecer siempre esas flores.

ESCENA XII

DICHOS, GLORIA, D. ANSELMO y después un CRIADO

GLORIA. (Por la izquierda, con D. Anselmo, al que trae de la mano.) Ven, papaíto, ven, y te convencerás de la verdad.

ANS. ¿Que nuevo embulismo es este? ¿Conque es cierto que te casas? (Á Carolina.)

CAROL. Así parece; pero Gloria también.

ANS. ¿Cómo, tú también?

GLORIA. Sí, papá.

ANS. (Á Félix.) ¿Pero hombre, tú pretendes ser víjamo?

FELIX ¿Yo? Ni por asomo.

CAROL. Gloria quiere casarse, pero no con Félix.

ANS. Estonces, yo no veo...

GLORIA Es que tengo otro amante. Acuérdate de... Ya conoces á Enrique.

ANS. ¡Sí, valiente pedante! No le acépeto por yerno.

GLORIA. ¿Por qué, papá?

ANS. Porque nunca me ejaba meter baza.

CAROL. También es cierto.

CRIADO. (Entra por el foro con una carta que entrega á Gloria, aparte.) Señorita, de don Enrique. (Sale.)

GLORIA. ¡Ah, Dios me la envía! (Lee para sí.)

FELIX. (Á D. Anselmo.) ¿Qué decide usted?

ANS. (Á Félix y Carolina.) ¡Vaya, pus qué emonio, acépeto! Casairus, que yo no tengo ambicia ni egoistidad. (Á Gloria.) Y tú tamién, aunque sea con el moro Minuza.

GLORIA. (Llorando.) ¡Ay, Dios mío!

ANS. Otra te pego... ¿Á qué vienen esas glárimas?

GLORIA. Mira lo que me escribe Enrique. (Entrega la carta á su padre.)

ANS. Á ver, á ver. (Da vueltas al billete.) Oye tú, Féliz. ¿No gastas santiparras?

FELIX. No, son quevedos.

ANS. Lo mismo meá, si se guipa bien con ellos. Dámelos.

(Félix le entrega sus quevedos. D. Anselmo procura inútilmente leer con ellos.) Pus hombre, no entiendo jota.

CAROL. Pero papá, si tú apenas sabes leer...

ANS. Toma, pues yo creía que se sabía ler con esto.

FELIX. Venga la carta y sepamos qué le aflige á Gloria. (Toma la carta y lee.)

Querida Gloria: he sabido
consagras á mi memoria
un afecto distinguido,
pero hay otro preferido
en el trono de tu gloria.
Si á todos los pecadores
que suspiran por tu gracia
vas á conceder favores...
ni la virgen... democracia
tiene más adoradores.
Además, y esto es lo grave,
ya en nuestro idioma no cabe
tu escritura—algarabía:
no quiero mujer que sabe
tan extraña ortografía.
Pues llegarías con eso
al más lamentable exceso,
si en un billete amoroso,
en vez de... *Querido esposo*,
me endilgas... *Querido espeso.*
No seas tan liberal,
y en vez de hacerte de miel,
habla á tu papá formal,
y en una escuela normal
matrícúlate con él.
Si has de conseguir marido,
mucho ojo con tus misivas;
y un solo favor te pido
por último; no me escribas,
pues daría un estallido.

La firma Enrique.

GLORIA. ¡Sí, el traidor, el perjuro!

FELIX. De esa masa hay muchos; pero el que á hierro mata ..

GLORIA. Tú tienes la culpa de todo. (Á su padre.) por estar reñido con la Gramática y no haberme obligado á que estudie.

ANS ¡Esta sí qu'es guena! Haberte aplicao como Carolina.

CAROL. (Á Gloria.) ¡Al fin reconoces la utilidad y desinterés de mis consejos!

ANS. Pus yo m'ejo mancar la lengua si no aprendo eso que vusotros llamáis la... presodia.

FELIX. Seré su maestro, que no comprendo yo cómo es posible vivir en sociedad sin saber PROSODIA ni ORTOGRAFÍA. (Cae el telón.)

FIN